

# CAMBIO CLIMÁTICO O EL DESENCUENTRO DE LA POLÍTICA CON LA CIENCIA

El conocimiento científico del cambio climático producido por actividades humanas no fue un descubrimiento inmediato, fueron necesarias múltiples y variadas investigaciones. Pasaron tres décadas entre los trabajos de medición del contenido de CO<sub>2</sub> en la atmósfera de Charles Keeling, iniciado en 1957, y los registros del CO<sub>2</sub> en la atmósfera del pasado remoto realizados en la Antártida por Claude Lorius. Estos descubrimientos demostraron el vínculo existente entre el estado del clima y el ciclo del carbono e hicieron evidente la influencia del hombre sobre el clima. Durante ese período los científicos también encontraron huellas del pasado climático en las estalagmitas de las cuevas, los sedimentos de océanos y lagos, los anillos de crecimiento de los árboles y los corales fósiles. Ese cúmulo de conocimientos produjo una clara señal de alerta acerca de las potenciales y devastadoras consecuencias ecológicas y sociales del calentamiento global.

Desde entonces el Panel Intergubernamental de Expertos en Cambio Climático, creado en 1988 bajo los auspicios de Naciones Unidas, ha estado ofreciendo a los gobiernos de los países un análisis crítico del estado de los conocimientos acerca de la alteración del clima. Sus informes constituyen la base científica común de conocimientos a partir de los cuales los países negocian las políticas mundiales de mitigación y adaptación al cambio climático bajo una Convención Marco establecida en 1992. Sin embargo, los acuerdos alcanzados hasta el presente han sido insuficientes para lograr reducir el CO<sub>2</sub> en la atmósfera a niveles aceptables.

La solución al problema es hoy bien conocida, consiste en una transición energética que debe sustituir el uso de los combustibles fósiles por fuentes renovables de energía, aumentar la eficiencia energética, detener la deforestación y desarrollar y utilizar tecnologías de captura y almacenamiento subterráneo del CO<sub>2</sub>. También es necesaria la adaptación a los impactos adversos sobre las poblaciones, especialmente las más vulnerables.

Desde el comienzo de las negociaciones, lobbies industriales, líderes políticos y diversos grupos de presión intentaron socavar los fundamentos del enfoque científico sobre el cambio climático. Los opositores, llamados escépticos del clima, fueron particularmente cáusticos negando la evidencia científica porque afecta directamente no solo los intereses particulares de grandes corporaciones, sino también a nuestro estilo de vida, nuestra forma de alimentarnos, de movernos, de consumir. Los escépticos tuvieron cierto éxito creando du-

das en la opinión pública que retrasaron las decisiones políticas, pero la ciencia logró superar los ataques generando una gran cantidad de nuevos datos, información y conocimiento, particularmente mediante monitoreo satelital y oceanográfico.

En la actualidad es ya muy difícil no admitir que las actividades humanas son responsables de las emisiones de gases de efecto invernadero, que el clima se está calentando o que el cambio climático actual no se debe a causas naturales. Sin embargo, ello no significa que todos los obstáculos a la implementación de las soluciones estén superados, persisten intereses geopolíticos que anteponen los gobiernos, principalmente de los países que más emiten gases de invernadero. Es el caso de China e India que, aunque han realizado inversiones importantes en fuentes renovables, su condición de países superpoblados y su crecimiento económico eleva de tal manera su demanda energética que consumen cualquier tipo de energía a su alcance, sea renovable o fósil, propia o importada, y el balance se inclina por la energía fósil. EE.UU. por su parte, confronta el hecho de no poseer los recursos mineros de los metales y tierras raras necesarias para fabricar las tecnologías de aprovechamiento de la energía eólica y solar y las baterías, ni de las facilidades para su procesamiento. Estos recursos y facilidades se encuentran mayoritariamente en China, y depender de los suministros de China representa una situación de vulnerabilidad no deseada. Por ello, mientras tal situación no pueda ser superada la aceleración de la transición energética no será una prioridad para Estados Unidos. Rusia, por su parte, no posee una estrategia de desarrollo de fuentes renovables y afirma que reducirá sus emisiones recurriendo a la eficiencia energética y a la energía nuclear, pero se desconocen los detalles.

Es necesario y urgente atenuar todas estas disonancias geopolíticas y realizar un esfuerzo mayor de convergencia y cooperación internacional en materia climática. Habrá que revertir los enfrentamientos y la desconfianza actual, permitiendo que surja una competencia limpia en términos de tecnología, talentos, suministros, mercados y normativas en la que el conocimiento científico será fundamental.

JUAN CARLOS SÁNCHEZ M.  
Miembro del Panel Intergubernamental sobre  
Cambio Climático (IPCC)  
Co-receptor del Premio Nobel de la Paz, 2007